


**La vida breve de
Katherine Mansfield**
PIETRO CITATI

Traducción de Mónica Monteys

gatopardo ediciones 

Título original: *Vita breve di Katherine Mansfield*
de Pietro Citati

© 2014, Adelphi Edizioni S.P.A. Milán

Este libro ha sido contratado a través de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© de la traducción y revisión: Mónica Monteys, 1990, 2016

© de esta edición, 2016:

Gatopardo ediciones

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: septiembre de 2016

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Katherine Mansfield y John Middleton Murry
en el jardín del hotel Château Bellevue, en Sierre, julio de 1922

Fotografía de Ida Baker

© Alexander Turnbull Library, Wellington, Nueva Zelanda

Imagen de interior: Casa donde vivió Katherine Mansfield

con su marido John Middleton Murry en Londres

Fotografía de Simon Harryyott

ISBN: 978-84-945100-1-4

Depósito legal: B-16302-2016

Impresión: Reinbook Imprès, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Casa de Katherine Mansfield y John Middleton Murry
en Hampstead, Londres.

A mi madre

CAPÍTULO I

Todos aquellos que conocieron a Katherine Mansfield en los años de su breve vida tuvieron la impresión de descubrir a una criatura más delicada que otros seres humanos: una cerámica de Oriente que las olas del océano habían arrastrado hasta las orillas de nuestros mares. «Era encantadoramente distante y tierna, con una media sonrisa en los labios.» «Tenía una delicadeza de porcelana que hacía que los demás fueran amables cuando hablaban con ella.» «Los anillos se deslizaban por sus dedos mientras preparaba el té. Contra la pared de color púrpura, parecía una figura de porcelana, un adorno intencionado, con su hermosa cabeza negra, sus manos y su rostro blancos.» O como escribió en un famoso relato: «Producía el mismo sobresalto que se siente cuando, al beber el último sorbo de té en una delicada e inocente tacita, de repente surge del fondo una pequeña criatura, mitad mariposa, mitad mujer, que te saluda con las manos dentro de las mangas». El rostro —enmarcado por cabellos castaños y lisos que formaban un casquete alre-

dedor de la cabeza, mientras que el flequillo se pegaba a su pálida frente— parecía una máscara serena, tallada en madera. Hablaba sin mover los labios, «con un misterioso y quedo murmullo». Sus gestos eran sosegados, contenidos, reservados, insólitos. Toda la vitalidad que se había desprendido de aquella máscara pintada por un experto pincel oriental estaba concentrada en sus inmensos ojos negros. Tras las arqueadas cejas, tras las largas pestañas que, cuando las bajaba, reflejaban la luz, sus oscuros ojos de pájaro miraban aquí y allá, posándose en todas partes al mismo tiempo: las pupilas se dilataban; su mirada era circunspecta y observadora, inquisidora, posesiva, imperturbable y devoradora. Y, por último, cuando todo había sido reflejado y absorbido, cuando todo estaba ya perdido, se extraviaba en la lejanía.

En su juventud escribió una poesía en la que contaba que había encontrado, «en la tornasolada gruta del sueño», un hada «con las alas más frágiles que los pétalos de las flores y los copos de nieve». La aprisionó entre las palmas de las manos, la condujo hasta la luz y la dejó marchar; el hada se convirtió primero en una pelusa de cardo, luego en una brizna, en un rayo de sol y después en nada. Como en el hada de la poesía juvenil, había en ella algo tan frágil, tan vulnerable que una palabra, un gesto, el mínimo soplo de viento o simplemente la luz bastaban para ofenderla. En los momentos más acuciantes de pánico y angustia, cuando se sentía sola, o los ruidos extraños o las pesadillas de las tinieblas la asaltaban, escribió que únicamente era una niña tímida, cansada, perdida, asustada y necesitada de protección. Alguien la había dejado

encerrada tras la verja, o en una habitación vacía o dentro de un armario oscuro, y ella esperaba que viniese su abuela y la metiese en la cama para envolverle los pies fríos con una bata rosa. Como el de los niños que no desean crecer, como el de las hadas-mariposas o los elfos, su destino era deslizarse poco a poco hacia *el otro lado*, desaparecer en ese mundo que corre paralelo al nuestro y se entrevé a través del espejo.

A veces, en la delicada figura pintada en el fondo de la tacita china, los demás advertían una extraña condición animalesca. Alfred Richard Orage —que publicó sus primeros cuentos— la llamaba *the marmozet*, el tití. Virginia Woolf escribió: «La mujer inescrutable permanece inescrutable. Diría que es una especie de gato, extraño, reservado, siempre solitario, observador». Un mono, un gato. Con siete años de diferencia, Orage y Woolf tuvieron la misma impresión, advirtieron en ella esa imperturbabilidad enigmática, esa hostilidad hacia el hombre, esa extrañeza ante la vida, esa pertenencia a mundos misteriosos y remotos que pueden ser tan propios de un animal como de un escritor. Mientras los demás hablaban, brillaban y se abandonaban a los fuegos artificiales de la fantasía, ella permanecía callada, «silenciosa y esquiva». Se había convertido en una experta en el arte de escuchar como si no escuchase, sentándose un momento en la vida de los demás: mientras posaba su negra mirada de pájaro en todas partes, hacía acopio de todo lo que decían o hacían los demás con el fin de reunir los pequeños «granos» vivientes de la realidad en el molino siempre en movimiento de su memoria, del cual extrae-

ría luego la exquisita harina de sus relatos. Como los gatos, era discreta. Consideraba que jamás deberíamos hablar de nosotros con nadie, pues si hablamos, los demás irrumpen enseguida y pisotean como vacas la hierba de nuestro jardín. «¿Por qué insistes en negar tus emociones? ¿Te avergüenzas de ellas?», pregunta alguien a uno de los personajes de sus cuentos. El personaje (es decir, Katherine Mansfield) responde: «No me avergüenzo en absoluto, pero las tengo guardadas en un cajón y las saco sólo de vez en cuando, como los tarros de mermelada muy especiales, cuando la gente que aprecio viene a tomar el té».

Si leemos el diario y las cartas a John Middleton Murry y a unos pocos amigos, nos vemos transportados a un paisaje completamente diferente. La figurita oriental, el hada-mariposa, el frío e imperturbable gato observador descubren a la más ardiente de las criaturas. No le gustaban los «espíritus cultivados», semejantes a los jardines italianos. Ella era un jardín salvaje: en el interior de su mente había un frondoso huerto donde oscuras ciruelas violetas caían sobre la tupida hierba, un bosque intrincado, un estanque cuyas profundidades nadie había sondeado, auténticos escondrijos y auténticas serpientes ocultos en la hierba. A los veinte años proclamó, de la manera más altisonante, su narcisismo. «Soy odiosa, pero hay una cosa de la cual puedo vanagloriarme: no estar enamorada de nadie, salvo de mí misma.» «Soy absolutamente encantadora.» «Me gusto, por lo tanto, soy feliz.» Como ocurre con todos los grandes narcisistas, su egocentrismo se convirtió pronto en una apasionada furia

vital. Aludiendo a una frase de Oscar Wilde, sostenía que la única manera de liberarse de las tentaciones era caer en ellas. Tenía una anhelante y desesperada necesidad de vivir experiencias, deseaba gozar de todos los placeres, sufrir todos los dolores, entender todas las ideas y sensaciones, conocer el amplio círculo del mundo. Cuando se entregaba a una causa o una pasión, se abandonaba por completo. «El estado de indiferencia es realmente ajeno a mi naturaleza, y vivir en él es la única forma de infierno que yo puedo concebir.» «Amar con locura tal vez sea falta de sabiduría, pero no hay falta de sabiduría más grave que no amar en absoluto.» Si amaba, la devoraba un fuego abrasador que ella encendía y avivaba con la fantasía, prendía en su interior una llamarada incontenible que no podía aplacarse o manifestarse jamás. Por eso tenía la impresión de actuar sola en los ruidosos escenarios teatrales de la pasión: nadie respondía a sus palabras, en todo caso, pálidos fantasmas que había creado con sus propias manos; e incluso la vida, imaginada cálida e intensa, parecía apagarse ante sus deseos.

No podía soportar «los días que no merecen ser vividos»: los días calmos, planos, grises, siempre iguales a sí mismos, minuto a minuto, sin que lo imprevisto o lo inesperado lleguen jamás a romper su triste monotonía. Habría querido conocer sólo los momentos de felicidad absoluta, cuando deseamos correr más que caminar, ensayar pasos de baile subiendo y bajando de la acera, lanzar cualquier cosa por los aires y tomarla al vuelo, reír por nada; cuando, al doblar la esquina de una calle, nos sentimos arrollados de pronto por una sensación de di-

cha, como si hubiésemos ingerido «una brizna luminosa de ese tardío sol crepuscular que arde en lo más profundo de nosotros». En cuanto le asaltaba esa encantadora alegría de vivir, le parecía estar flotando en el aire y, con los nervios a flor de piel, percibía los estremecimientos de extraña excitación que recorren la existencia. Tenía la impresión de «agitarse y resplandecer como una vela en la oscuridad». «He sentido una vez más —escribió después de una fiesta— que la vida puede ser espléndida y emocionante, y que no somos viejos... ¡ah!, la sangre corre todavía por nuestras venas.» Quizá alguna vez habría deseado ser una persona sosegada y tranquila como imaginaba que habían sido Wordsworth y Coleridge. Se culpaba a sí misma y a su generación de ser impaciente, ansiosa e histérica, y envidiaba al octogenario Thomas Hardy, que «escribe con tanta calma como si estuviese entrando ya en el tranquilo puerto, con las velas recogidas, impulsado por una silenciosa marea». Pero, de pronto, la caprichosa y furibunda histeria la asaltaba violentamente. ¿Por qué rebelarse contra ella? La histeria era una gran fuente de inspiración. Rompía la continuidad de la vida en vibrantes fragmentos nerviosos, interiorizando e intensificando las sensaciones. Bastaba con que un cepillo cepillase con fuerza o con suavidad los cabellos para revelarnos la melancolía o la belleza de las cosas; bastaba el silencio engañoso, caído lentamente como copos de nieve, el aspecto casi maligno de los grifos niquelados y los chorros de agua en una peluquería para comprender hasta qué punto la vida es atroz, y espantosa la soledad.

Cuando pensaba en sí misma, a menudo le asaltaba el vértigo. Las reacciones, las vibraciones, las depresiones y los cambios de tono, así como pasar de estados de alegría a estados de ira, eran en ella tan frecuentes, imprevistos y desconcertantes que tenía la impresión de ser el gerente de un hotel sin propietario, que sólo debe limitarse a escribir los nombres de un montón de huéspedes exigentes y entregarles las llaves. Como dijo su amiga más fiel, era como un faro con muchos lados: no octogonal, sino hectogonal. Multiplicaba sus nombres —Katia, Kathia, Yekaterina, Katya, Katinka, Tig, Wig, Mouse—, puede que para perseguir su inalcanzable identidad. Así, para otorgar voz a esta multitud de huéspedes desconocidos, se pasó la vida actuando: interpretó su amor, su alegría, su éxtasis, su tristeza, su enfermedad, su angustia, su desolación, su muerte. De joven ensalzaba, como Wilde, el artificio: «Ser natural no es más que una pose, la más exasperante que conozco». Más tarde añadía: «No te quites la máscara hasta que debajo de ella no tengas preparada otra, por muy terrible que sea, pero una máscara». Como es obvio, los demás —quienes veían en ella sólo al mono y al gato— la encontraban falsa. Para embaucarlos y divertirlos, actuaba adoptando las formas y los colores de todas las personas y las cosas con las que se relacionaba, como si ella no existiese. En cuanto llegó a Londres, ganó algunas guineas en un salón de té de Mayfair interpretando escenas cómicas o entonando burlescamente una canción del Ejército de Salvación. Siempre hizo estas representaciones mímicas. Imitaba a Yvette Guilbert y a las estrellas de Hollywood, tocaba con la guitarra viejas can-

ciones populares, *spirituals*, baladas de todo tipo, acompañando la música con una voz grave y susurrante.

Uno de los numerosos huéspedes que habitaban en su mente era una criatura deliciosa, mundana, irónica y excéntrica, una conversadora brillante. Todas las palabras que dijo, todas las *pointes* que prodigó durante los años transcurridos en Londres, en los cuales el ávido y sospechoso grupo de Bloomsbury se hacinaba en su casa, se han perdido para siempre. Pero algo de aquel «riachuelo centelleante», de aquella «plata resplandeciente», nos ha quedado. En las cartas y en los relatos menores, incluyó pequeñas *pochades*, breves *vaudevilles*, exquisitas bufonerías. Con un esnobismo excéntrico, dibujó miniaturas de gran imaginación, de un humor fantasioso, aéreo, ondulante, divertido como la vida. Había en su espíritu un rasgo dieciochesco, satírico a la manera de Pope, que se interesa sólo por los gestos y objetos que aparecen en el teatro de la existencia. Si brillaba de esta forma, quizá era porque tenía necesidad de seducir, de poseer y atraer a otros seres humanos: hombres y mujeres, amigos y amigas, la camarera francesa que encontró en Bandol, la anciana señora Honey en el hotel de Cornualles, la cocinera Marie en Menton y otras personas con las que tuvo un encuentro fugaz. Pocos fueron amados como fue amada ella. En 1922, Dorothy Brett decía: «Es tan adorable que no puede haber medias tintas. La amas apasionadamente porque resulta imposible no hacerlo». Y Samuel Koteliansky, un emigrado ruso famoso en Londres: «La amaba hasta tal punto que su obra es y continúa siendo para mí una de las manifestaciones menos importantes de su

persona. Es su ser, el aroma de su ser lo que yo amo. Katherine podía hacer cosas detestables, exagerar y contar falsedades, pero el modo en que lo hacía era admirable, único». Otros huéspedes menos amables, en los que Katherine Mansfield no reparaba pero cuya atroz existencia conocía, habitaban en las profundidades de su mente. Sufría indescriptibles ataques de pánico: «He cosido, como hacía mamá. Al dar cada puntada, es mi corazón el que empuja la aguja. Horrible. Pero ¿existe, entonces, algo más horrible aún que la realidad? ¿Y es eso lo que me asusta tanto?». Sentía que había un oscuro abismo permanentemente abierto ante ella, «aquel de antaño». Si estaba sola, la soledad abría la verja de su alma dejando entrar en ella «el río de bestias salvajes y ululantes». ¿De qué ataques de pánico se trataba? ¿Tenía miedo de sí misma? ¿De una parte desconocida y oscura de su ser? ¿Temía el negro horror de la realidad? ¿O algo más lejano: presentimientos, sueños, visiones de otros mundos que se agolpan en la puerta del nuestro y quieren entrar? A veces eran sólo terrores infantiles como los que sufría la niña asustada, encerrada detrás de la verja: tenía miedo de que la tierra desapareciera para siempre o que un gran pájaro negro planeara sobre ella para agarrarla. La amenaza era cada vez más intensa. Creía que una fuerza enemiga maquinaba contra ella, y que incluso las sillas y las mesas tenían secretamente noción de ello y aguardaban el acontecimiento, siniestro e infalible, que debía fatalmente sucederle. Además, ya no ocupaba toda la extensión de sí misma. Alguien la había encerrado en una estrecha buhardilla de su espíritu; y a su alrededor y de-

bajo de ella, en las amplias estancias indefensas de su mente, habían llegado extranjeros que circulaban a sus anchas como si fuesen sus dueños secretos.

El último huésped era el odio. Odiaba a la humanidad, causante del «desorden y la suciedad» del mundo: «Jamás podrá ser limpiado, ni yo tengo el más mínimo deseo de intentarlo siquiera con un plumero». O bien detestaba a una persona —a su más querida amiga, por ejemplo— hasta desear matarla. El odio se adueñaba de ella por completo: la colmaba de muerte y de corrupción, la abandonaba al espíritu de la destrucción, la consumía, la degradaba, entregándola a los seres de las tinieblas. No se extinguía jamás, como si su fuente fuese infinita y nuevas olas lo alimentasen interminablemente, mientras que la pasión opuesta, el amor, tiene un fin. Cuando la poseía la ira, su rostro adquiría un color terroso, casi verde, y sus grandes ojos negros se estrechaban hasta convertirse en hendiduras. De dónde y por qué nacía esta ira resulta difícil de saber. ¿De su enfermedad? ¿De una desesperación llevada al extremo? ¿De un instinto negativo que era incapaz de controlar? ¿Del mal, que irrumpía de pronto, brotando a saber de dónde, dentro de ella? El odio es la más misteriosa de las pasiones. Los demás apenas sabían qué fuerza la dominaba. Algunos decían que su lengua era afilada como un cuchillo, que «podía cortar con ella el corazón de un hombre»; y Bertrand Russell observó que, cuando hablaba de la gente, «poseía una impresionante agudeza» para descubrir todo lo que uno no desea conocer de sí mismo, los lados pérfidos y peligrosos del propio carácter. Solamente D. H. Lawrence, cuando

escribió *Mujeres enamoradas* y se inspiró en ella para el personaje de Gudrun, comprendió su parte de Medusa: su ira, sus tinieblas, su violencia.

Sería injusto no reconocer que esta criatura delicada fue uno de los más sólidos, compactos y tenaces temperamentos literarios de este siglo. «Es preciso llevar una coraza de hierro sobre el corazón», decía. No nos dejemos engañar por las amables flores, por la suntuosa, ligera e iridiscente ornamentación que arrojó sobre los acontecimientos de su propia existencia. Había en ella un desesperado, inquebrantable, intangible coraje intelectual: una fuerza que la impulsaba a ir siempre más allá, a superarse, a ser distinta: el gusto por el desafío, por una desbocada ansia de absoluto. En cuanto había vivido una experiencia, la consumía y se la echaba a la espalda. Con qué rapidez, con qué intensidad y dureza atravesó los breves años de su vida. ¿Cómo hubiera podido encontrar amigos o compañeros? Mientras los demás continuaban preguntándose qué se escondía detrás de su gracia, ella ya estaba lejos, pensaba, escribía, preguntaba, interrogaba sobre cualquier cosa que estaba siempre más allá del límite, más allá del último horizonte.